Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
9	8	4	0	2	1
2	3	1	4	1	1
7	2	5	3	0	1
8	6	7	9	0	1

SOLUCION / Pág. 4

GORRIONES EN EL PARAISO

MEHERES COME MORAS ESPERANDO

Página/2/3

V… o/12

JOVENES DE NOCHE

(Por Pedro Orgambide) No parecen los mismos. Pero ellos saben que los reconozco. Todas las noches los encuentro por las calles de la ciudad. Se hacen los distraídos, pero saben que los observo, que anoto cada uno de sus actos: a una de las chicas (la del pelo rojo y amarrillo) la vi correr detrás de unos muchachones a los que provocó con sus obscenidades; a otra la encontré drogada, tirada en ese callejón. En cuanto a esos dos, sé que se disfrazan, que se visten de mujer y cantan como locas a un costado de la ruta. Los más bullangueros van a las discotecas en sus motocicletas resplandecientes. Durante horas, bajo las luces psicodélicas, se agitan al compás de la música. Terminan extenuados, con las caras despintadas. Otra vez en la calle, buscan pretextos para pelear, esgrimen sus cadenas y puños de hierro y se golpean con los rezagados de la fiesta. Me ven pasar, saben que los observo. Pero ni ellos ni yo decimos una palabra. En cambio, ya bien entrado el día, cuando salgo de mi departamento, los vuelvo a encontrar e intercambiamos saludos, frases de cortesía, como corresponde a gente de bien, de cierta edad. No parecen los mismos. Pero ellos saben que los reconozco. Al saludar a las ancianas, a los viejos que salen al pasillo con sus muletas y sillas de ruedas, ellos y yo sabemos que nos volveremos a encontrar esa misma noche.

Por Mempo Giardinelli

Mempo Giardinelli nació en la provincia de Chaco en 1947. Es escritor, periodista y fundador y director de la revista "Puro cuento". Ha publicado: "La revolución en bicicleta" (novela, 1980); "El cielo con las manos" (novela, 1981); "Vidas ejemplares" (cuentos, 1982); "¿Por qué prohibieron el circo?" (novela, 1983); "Luna caliente" (Premio Nacional de Novela 1983, México); "El género negro" (ensayos, 1984); "Qué solos que quedan los muertos" (novela, 1985); "Antología personal" (cuentos, 1987) y "Santo oficio de la memoria" (novela, 1991). Los cuentos que se presentan a continuación son inéditos y forman parte de un libro en preparación titulado "Resistencia by night", que aparecerá este año.

MEHERES COME MORAS ESPERANDO



Meheres está en el patio, subido a la profusa morera, y mastica una fruta cada tanto. Lo hace distraídamente, y piensa que el invierno sigue teniendo cara de verano. Hacen 22 grados a la sombra, calcula, y la siesta es tentadora. De hecho, la ciudad duerme y todo está tranquilo. Dora ronca en el dormitorio conyugal, los chicos están en la escuela, y él está esperando.

Hay un muro de ladrillos, de dos metros de alto, que separa a ambas propiedades. Desde la horqueta en la que está sentado, en la esquina de su patio, puede ver el muro desde arriba (y dos hileras paralelas de hormigas que recorren la parte superior) y también domina el patio vecino. En los dos hay ropas tendidas. En el de los Lucuix hay, además, hacia el otro extremo, un gallinero alambrado y adentro media docena de ponedoras, un gallo viejo que se llama Pocho y unos pocos pollitos extrañamente silenciosos. Meheres come otra mora mientras compara las dos casas, que son gemelas y cuyas partes traseras observa equidistante. La de los Lucuix está más descascarada que la suya. El la pintó hace cuatro años; los Lucuix hace como diez o doce. Si ahora hiciéramos un gallinero, también sería más nuevo. Piensa. Y piensa que el doctor Lucuix, farmacéutico diplomado (como gusta presentarse) es un avaro y un imbécil. O no: un imbécil y un avaro ¿O no? ¿En qué orden? Y come otra mora porque está esperando.

Una avispa negra y culona zumba cerca de Meheres. En cuanto la advierte, se le eriza la piel. Son terribles, las cabichuí. Malas como la envidia militante de alguna gente. Piensa. A Dora, sin ir muy lejos, una de éstas le hizo un moretón así que le duró como dos semanas. Recuerda. Hasta hubo que llevarla al hospital.

Se queda quieto, como en rigor mortis, y se pregunta cómo será estar muerto. La cabichuí sobrevuela su cabeza; siente no sólo el zumbido sino hasta la brisita que produce. Hija de puta, piensa Meheres. Como ofendida, la avispa se desvía bruscamente y se dirige a una mora gorda que cuelga de una rama de más arriba. La sobrevuela, hace un par de giros locos y después se aleja. Se apaga el zumbido y Meheres vuelve a respirar, aunque sigue tenso. La tensión parece que disminuirá lentamente, pero eso no sucede porque Meheres ve a través de la ventana del comedor de los Lucuix el paso silencioso, para él furtivo, de Griselda Lucuix.

Meheres observa, desde su atalaya, la ventana de la cocina, pero no distingue a Griselda. O sea que no se ha dirigido a la cocina. Pero tampoco la ve retornar al comedor. Ni está tras la puerta que hay en medio de las dos ventanas. Mira entonces hacia las ventanas con la puerta en el medio que tiene su propia casa y confirma que no hay nadie. Los chicos de Lucuix también están en la escuela, con los suyos. Y Dora duerme en el dormitorio conyugal que es idéntico al dormitorio conyugal en el que duerme el doctor Lucuix, farmacéutico diplomado. Entonces arranca otra mora y se la lleva a la boca, sin dejar de vigilar ambas casas, mientras piensa que ya son las dos y media de la tarde y enseguida va a empezar lo que está esperando.

Y empieza: Griselda Lucuix abre de par en par la ventana del comedor, e incluso desliza hacia un costado la tela metálica antimoscas. Se queda ahí, mirando hacia algún punto del cielo, con la barbilla levemente alzada, como hacen los directores de escuelas en los actos celebratorios, y empieza a desprenderse los botones de la blusa blanca.

Meheres primero pestañea, cuando ve que ella abre la ventana, y luego se dispone a hacer su parte. Lo que Meheres ve es sólo el torso de Griselda Lucuix; desde donde está, en la horqueta, la ve exactamente de la cintura hacia arriba. El la recorre con su mirada mientras ella se abre la blusa, y siente que su excitación crece sostenidamente. Ella no lo mira, aunque obviamente sabe que él está allí, en el árbol, y precisamente el no mirar al hombre sino hacia el cielo infinito es lo que la excita y le brinda, de paso, una expresión mezcla de ausencia y ternura como se ve en las Madonnas con Niño de Leonardo y todos esos tipos del Vaticano y Florencia. Meheres se palpa la entrepierna, siente cómo se le endurecen los músculos, y luego abre la bragueta y saca su pene, que agarra con firmeza con la mano derecha.

Griselda Lucuix, a todo esto, se saca la blusa y se quita también el corpiño y entonces es como si le explotaran los pechos magníficos, grandes de modo que sólo manos enormes podrían apresarlos, blandos por haber dado vida y salud pero aún firmes porque ella es joven y sólo un poco regordeta. Se acaricia los pechos y entorna los párpados y entreabre la boca, porque está gozanzo imaginariamente. Hasta que de pronto abre los ojos, como asustada, y entonces busca a Meheres con la vista y lo encuentra en el sitio en el que indudablemente debía encontrarlo. Meheres está acariciándose el sexo con suaves y rítmicos movimientos de su mano, respirando por la boca entreabierta y reseca por el deseo, y en los ojos tiene una rara expresión que combina el éxtasis con la frustración, el amor con el dolor.

La expresión de Griselda Lucuix cuando encuentra la mirada de él luego de un segundo pasa del susto a la ternura, del miedo a la urgencia. Ahora cada una de sus manos agarra un pecho por la base. Los aprieta con movimientos circulares hacia arriba, los dedos índices rozan los pezones y su excitación crece. Sus ojos, que son del color de la miel, se vuelven más acuosos y cristalinos, y lanzan destellos: son como ojos que hablaran y no de cualquier cosa sino de amor, y de amor preñado de deseo. Griselda Lucuix siente, en lo profundo, que en ese preciso momento se está entregando al hombre que ama. No cierra los ojos pero es como si lo hiciera porque su imaginación traspasa a Meheres, quien con expresión estólida y aparentemente vacía acelera el meneo de su mano. El placer llegará en segundos; el dolor también. Y para ella habrá como una explosión interior cuando vea el placer en los espasmos de Meheres que de pronto empieza a eyacular, todo él un temblor, abriendo la boca, desesperado, y mirando los ojos color miel de Griselda Lucuix, que lo mira con los ojos más húmedos aún y siente que todo su cuerpo también tiembla, también espasmódico, porque mientras con la mano derecha se acaricia los pechos con más y más energía, su mano izquierda (que Meheres no ve) gira enloquecida haciendo círculos milimétricos sobre su pubis. Y así, acezantes y convulsos, los dos alcanzan sus respectivos orgasmos a un mismo tiempo, sin dejar de mirarse con miradas intensas, acuosas, desgarrantes.

Después se quedan un rato así, y todavía se miran cuando se recomponen, despaciosamente. Se les normaliza la respiración, él sacude su sexo y al cabo lo guarda dentro del pantalón, mientras ella detiene el frotamiento de sus pechos, los reacomoda dentro del corpiño, se pone la blusa y abrocha despacito todos los botones, uno por uno.

Es imposible precisar exactamente cuándo se separan sus miradas. Pero sucede en el instante en que se interrumpe la intensa conversación que han sostenido, en el momento en que se separan como se separan los amantes, que posiblemente es el momento en que Griselda Lucuix corre la tela metálica sobre el deslizador del alféizar de las ventanas, o el momento en que Meheres toma una mora de una rama alta y se la lleva, distraídamente, a la boca.

Madrid, octubre de 1990 / Coghlan, julio de 1991.

Este cuento pertenece al libro de cuentos *Resistencia by night*, en preparación y que aparecerá en 1992.



Por Mempo Giardinelli

Mempo Giardinelli nació en la provincia de Chaco en 1947. Es escritor, periodista y fundador y director de la revista "Puro cuento". Ha publicado: "La revolución en bicicleta" (novela, 1980); "El cielo con las manos" (novela, 1981); "Vidas ejemplares" (cuentos, 1982); "¿Por qué prohibieron el circo?" (novela, 1983); "Luna caliente" (Premio Nacional de Novela 1983, México); "El género negro" (ensayos, 1984); "Qué solos que quedan los muertos" (novela, 1985); "Antología personal" (cuentos, 1987) y "Santo oficio de la memoria" (novela, 1991). Los cuentos que se presentan a continuación son inéditos y forman parte de un libro en preparación titulado "Resistencia by night", que aparecerá este año.

MEHERES COME MORAS ESPERANDO

Meheres está en el patio, subido a la profusa morera, y mastica una fruta cada tanto. Lo hace distraídamente, y piensa que el invierno sigue teniendo cara de verano. Hacen 22 grados a la sombra, calcula, y la siesta es tentadora. De hecho, la ciudad duerme y todo está tranquilo. Dora ronca en el dormitorio conyugal, los chicos están en la escuela, y él está esperando.

Hay un muro de ladrillos, de dos metros de alto, que separa a ambas propiedades. Desde la horqueta en la que está sentado, en la esquina de su patio, puede ver el muro desde arriba (y dos hileras paralelas de hormigas que recorren la parte superior) y también domina el patio vecino. En los dos hay ropas tendidas. En el de los Lucuix hay, además, hacia el otro extremo, un gallinero alambrado y adentro media docena de ponedoras, un gallo viejo que se llama Pocho y unos pocos pollitos extrañamente silenciosos. Meheres come otra mora mientras compara las dos casas, que son gemelas y cuyas partes traseras observa equidistante. La de los Lucuix está más descascarada que la suya. El la pintó hace cuatro años; los Lucuix hace como diez o doce. Si ahora hiciéramos un gallinero, también sería más nuevo. Piensa. Y piensa que el doctor Lucuix, farmacéutico diplomado (como gusta presentarse) es un avaro y un imbécil. O no: un imbécil y un avaro ¿O no? ¿En qué orden? Y come otra mora porque está esperando.

Una avispa negra y culona zumba cerca de Meheres. En cuanto la advierte, se le eriza la piel. Son terribles, las cabichuí. Malas como la envidia militante de alguna gente. Piensa. A Dora, sin ir muy lejos, una de éstas le hizo un moretón así que le duró como dos semanas. Recuerda. Hasta hubo que llevarla al hospital.

Se queda quieto, como en rigor mortis, y se pregunta cómo será estar muerto. La cabichuí sobrevuela su cabeza; siente no sólo el zumbido sino hasta la brisita que produce. Hija de puta, piensa Meheres. Como ofendida, la avispa se desvía bruscamente y se dirige a una mora gorda que cuelga de una rama de más arriba. La sobrevuela, hace un par de giros locos y después se aleja. Se apaga el zumbido y Meheres vuelve a respirar, aunque sigue tenso. La tensión parece que disminuirá lentamente, pero eso no sucede porque Meheres ve a través de la ventana del comedor de los Lucuix el paso silencioso, para él furtivo, de Griselda Lucuix.

Meheres observa, desde su atalaya, la ventana de la cocina, pero no distingue a Griselda. O sea que no se ha dirigido a la cocina. Pero tampoco la ve retornar al comedor. Ni está tras la puerta que hay en medio de las dos ventanas. Mira entonces hacia las ventanas con la puerta en el medio que tiene su propia casa y confirma que no hay nadie. Los chicos de Lucuix también están en la escuela, con los suyos. Y Dora duerme en el dormitorio conyugal que es idéntico al dormitorio conyugal en el que duerme el doctor Lucuix, farmacéutico diplomado. Entonces arranca otra mora y se la lleva a la boca, sin dejar de vigilar ambas casas, mientras piensa que ya son las dos y media de la tarde y enseguida va a empezar lo que está esperando.

Y empieza: Griselda Lucuix abre de par en par la ventana del comedor, e incluso desliza hacia un costado la tela metálica antimoscas. Se queda ahí, mirando hacia algún punto del cielo, con la barbilla levemente alzada, como hacen los directores de escuelas en los actos celebratorios, y empieza a desprenderse los botones de la blusa blanca.

Meheres primero pestañea, cuando ve que ella abre la ventana, y luego se dispone a hacer su parte. Lo que Meheres ve es sólo el torso de Griselda Lucuix; desde donde está, en la horqueta, la ve exactamente de la cintura hacia arriba. El la recorre con su mirada mientras ella se abre la blusa, y siente que su excitación crece sostenidamente. Ella no lo mira, aunque obviamente sabe que él está allí, en el árbol, y precisamente el no mirar al hombre sino hacia el cielo infinito es lo que la excita y le brinda, de paso, una expresión mezcla de ausencia y ternura como se ve en las Madonnas con Niño de Leonardo y todos esos tipos del Vaticano y Florencia. Meheres se palpa la entrepierna, siente cómo se le endurecen los músculos, y luego abre la bragueta y saca su pene, que agarra con firmeza con la mano derecha.

Griselda Lucuix, a todo esto, se saca la blusa y se quita también el corpiño y entonces es como si le explotaran los pechos magníficos, grandes de modo que sólo manos enormes podrían apresarlos, blandos por haber dado vida y salud pero aún firmes porque ella es joven y sólo un poco regordeta. Se acaricia los pechos y entorna los párpados y entreabre la boca, porque está gozanzo imaginariamente. Hasta que de pronto abre los ojos, como asustada, y entonces busca a Meheres con la vista y lo encuentra en el sitio en el que indudablemente debía encontrarlo. Meheres está acariciándose el sexo con suaves y rítmicos movimientos de su mano, respirando por la boca entreabierta y reseca por el deseo, y en los ojos tiene una rara expresión que combina el éxtasis con la frustración, el amor con el dolor.

La expresión de Griselda Lucuix cuando encuentra la mirada de él luego de un segundo pasa del susto a la ternura, del miedo a la urgencia. Ahora cada una de sus manos agarra un pecho por la base. Los aprieta con movimientos circulares hacia arriba, los dedos índices rozan los pezones y su excitación crece. Sus ojos, que son del color de la miel, se vuelven más acuosos y cristalinos, y lanzan destellos: son como ojos que hablaran y no de cualquier cosa sino de amor, y de amor preñado de deseo. Griselda Lucuix siente, en lo profundo, que en ese preciso momento se está entregando al hombre que ama. No cierra los ojos pero es como si lo hiciera porque su imaginación traspasa a Meheres, quien con expresión estólida y aparentemente vacía acelera el meneo de su mano. El placer llegará en segundos; el dolor también. Y para ella habrá como una explosión interior cuando vea el placer en los espasmos de Meheres que de pronto empieza a eyacular, todo él un temblor, abriendo la boca, desesperado, y mirando los ojos color miel de Griselda Lucuix, que lo mira con los ojos más húmedos aún y siente que todo su cuerpo también tiembla, también espasmódico, porque mientras con la mano derecha se acaricia los pechos con más y más energía, su mano izquierda (que Meheres no ve) gira enloquecida haciendo círculos milimétricos sobre su pubis. Y así, acezantes y convulsos, los dos alcanzan sus respectivos orgasmos a un mismo tiempo, sin dejar de mirarse con miradas intensas, acuosas, desgarrantes.

Después se quedan un rato así, y todavía se miran cuando se recomponen, despaciosamente. Se les normaliza la respiración, él sacude su sexo y al cabo lo guarda dentro del pantalón, mientras ella detiene el frotamiento de sus pechos, los reacomoda dentro del corpiño, se pone la blusa y abrocha despacito todos los botones, uno por uno.

Es imposible precisar exactamente cuándo se separan sus miradas. Pero sucede en el instante en que se interrumpe la intensa conversación que han sostenido, en el momento en que se separan como se separan los amantes, que posiblemente es el momento en que Griselda Lucuix corre la tela metálica sobre el deslizador del alféizar de las ventanas, o el momento en que Meheres toma una mora de una rama alta y se la lleva, distraídamente, a la boca.

Madrid, octubre de 1990 / Coghlan, julio de 1991.

Este cuento pertenece al libro de cuentos *Resistencia by night*, en preparación y que aparecerá en 1992.



GORRIONES EN EL PARAISO

Qué apellido —dijo Márquez.

—No me joda —dijo Ovejero

—Es que tiene gracia —dijo Márquez, y se reacomodó en el taburete.

—Respete, che —dijo Ovejero— ¿No ve que estoy jodido?

Y le dedicó una mirada larga, implorante, como mira un hombre que está vacío.

—Ya están borrachos—dijo Marga—. Encima van a terminar peleados.

—No —dijo Márquez—, mejor *empezar* peleados.

—Pero por lo menos respétele el dolor —dijo Marga.

—Que se lo respete su abuela. Y usted me chupa un huevo, Ovejero.

Ovejero miraba su vacío, como si ahí fuera posible encontrar algo.

—Yo la quería —musitó.

—Claro que la quería —le dijo la Marga a todos los presentes—. Ovejero la quiso mejor que nadie en el mundo.

Márquez se alzó del taburete y lanzó una trompada, con el puño cerrado, que se estrelló en la nariz de Ovejero, quien fue retrocediendo ridículamente como estos muñequitos mecánicos, pasito a paso hasta dar con el culo contra la pared. Ahí se quedó, mirando todavía con sorpresa al otro, y se vio clarito, clarito, que de pronto hacía un puchero como los bebés y empezaba a lloriquear.

—Váyase a la recontramilputas que lo recontramilparió —dijo Márquez, y se mandó el vaso de ginebra, completo.

Dos lagrimones rodaron por las mejillas de Ovejero. Pero no crean que eran lágrimas de dolor por la trompada, no, eso no había sido nada. Si Márquez mide uno sesenta y es un infeliz. No, Ovejero lloraba de tristeza, de dolor de adentro, diríamos; era el alma la que le lloraba.

En eso, Batista dijo qué les parece la delantera de For Ever para el domingo, y mencionó varios apellidos. Se trenzaron en una discusión porque había un paraguayo que jugaba de ocho que a Marga no le parecía. O mejor dicho, le parecía un eunuco.

—Si vos lo decís será porque te lo quisiste montar —le dijo Arévalo, y la Marga le encajó un codazo en el plexo y le dijo "salí" como quien espanta una mosca. Batista insistía con For Ever y decía ya van a ver que este año no'salvamo del descenso, no'salvamo.

Irala, desde otra mesa, le dijo una grosería en guaraní, y todos se rieron pero no porque lo hubieran comprendido sino por la forma en que dijo "añá membí, añá membí y añá membí", con el labio leporino pegado al tabique nasal y entonces escupiendo, que así es como habla Irala, escupiendo. Y porque tres veces lo dijo, y todos sabían la rabia que sentían el uno por el otro por un asunto viejo, de cuando el '55. Nadie les daba bola con eso. Ya no.

Márquez lo miró a Ovejero, que estaba allá al costado del salón, sentado en el suelo con las rodillas levantadas y los talones contra el culo, como los chicos. Lloraba lento, suavecito, no como una mina, sino como un hombre muy triste. Eso era, digo yo, lo que era Ovejero en ese momento.

Marga le hizo una seña a Márquez, un leve movimiento de cabeza como diciéndole te mandaste una cagada, andá ayudálo. Pero Márquez se hizo el sota, como siempre. Un pelotudo, un provocador, típico petiso de mierda. Por eso nadie lo traga.

Pero aunque Márquez se hizo el burro, todos vieron la seña de la Marga, que es de esas minas que no saben hablar si no es moviendo las manos y haciendo gestos y muecas de la jeta, y aunque Batista quiso seguir con algo de For Ever y los tablones podridos de la tribuna y el desastre que iba a ser el día que se viniera abajo con una ponchada de negros, todos vieron la seña de la Marga (digo yo) y todos miraron a Ovejero que la verdad partía el alma.

Se hizo un silencio porque tampoco era cuestión que Batista se quedara hablando solo y hasta Batista se dio cuenta de que era al pedo y se calló la boca. Era un silencio incómodo, pesado como tormenta de enero. Todos miraron para afuera, esquivando mirarse unos a otros, y vieron los paraísos de la vereda, el lapacho florecido del patio, el Sierra del doctor McDonald que pasó como una mariposa, leve, por el pedazo de ventana que daba a la Obligado.

Al silencio lo rompió la Marga, como siempre, porque siempre es la única que sabe qué hacer cuando ninguno sabe.

—A ver ustedes dos —les dijo a Batista y a Linares—, levántelo y se lo llevan y lo lavan un poco. Y vos (a Batista) dejate de joder con el fulbo por un rato, hacé un esfuerzo.

Ipso pucho le dijo a Márquez:

—Y vos esta noche le pedís disculpas por la piña.

Los demás se quedaron sentados, mirando unos gorriones que justo en ese momento parecía que se echaban un polvo en una rama del paraíso.

—Y vos, Hermida, esta tarde cerrás el boliche por duelo —le dijo después a su marido, el gallego, que como siempre se hacía el boludo y limpiaba unos vasos, tras el mostrador.

El gallego asintió con la cabeza.

—Y los quiero a todos a las cuatro en el velorio —terminó la Marga—. Limpios y sobrios.

Graz, octubre de 1990.



GORRIONES EN EL PARAISO

Qué apellido —dijo Márquez.

—No me joda —dijo Ovejero

—Es que tiene gracia —dijo Márquez, y se reacomodó en el taburete.

—Respete, che —dijo Ovejero— ¿No ve que estoy jodido?

Y le dedicó una mirada larga, implorante, como mira un hombre que está vacío.

—Ya están borrachos—dijo Marga—. Encima van a terminar peleados.

—No —dijo Márquez—, mejor *empezar* peleados.

—Pero por lo menos respétele el dolor —dijo Marga.

—Que se lo respete su abuela. Y usted me chupa un huevo, Ovejero.

Ovejero miraba su vacío, como si ahí fuera posible encontrar algo.

—Yo la quería —musitó.

—Claro que la quería —le dijo la Marga a todos los presentes—. Ovejero la quiso mejor que nadie en el mundo.

Márquez se alzó del taburete y lanzó una trompada, con el puño cerrado, que se estrelló en la nariz de Ovejero, quien fue retrocediendo ridículamente como estos muñequitos mecánicos, pasito a paso hasta dar con el culo contra la pared. Ahí se quedó, mirando todavía con sorpresa al otro, y se vio clarito, clarito, que de pronto hacía un puchero como los bebés y empezaba a lloriquear.

—Váyase a la recontramilputas que lo recontramilparió —dijo Márquez, y se mandó el vaso de ginebra, completo.

Dos lagrimones rodaron por las mejillas de Ovejero. Pero no crean que eran lágrimas de dolor por la trompada, no, eso no había sido nada. Si Márquez mide uno sesenta y es un infeliz. No, Ovejero lloraba de tristeza, de dolor de adentro, diríamos; era el alma la que le lloraba.

En eso, Batista dijo qué les parece la delantera de For Ever para el domingo, y mencionó varios apellidos. Se trenzaron en una discusión porque había un paraguayo que jugaba de ocho que a Marga no le parecía. O mejor dicho, le parecía un eunuco.

—Si vos lo decís será porque te lo quisiste montar —le dijo Arévalo, y la Marga le encajó un codazo en el plexo y le dijo "salí" como quien espanta una mosca. Batista insistía con For Ever y decía ya van a ver que este año no'salvamo del descenso, no'salvamo.

Irala, desde otra mesa, le dijo una grosería en guaraní, y todos se rieron pero no porque lo hubieran comprendido sino por la forma en que dijo "añá membí, añá membí y añá membí", con el labio leporino pegado al tabique nasal y entonces escupiendo, que así es como habla Irala, escupiendo. Y porque tres veces lo dijo, y todos sabían la rabia que sentían el uno por el otro por un asunto viejo, de cuando el '55. Nadie les daba bola con eso. Ya no.

Márquez lo miró a Ovejero, que estaba allá al costado del salón, sentado en el suelo con las rodillas levantadas y los talones contra el culo, como los chicos. Lloraba lento, suavecito, no como una mina, sino como un hombre muy triste. Eso era, digo yo, lo que era Ovejero en ese momento.

Marga le hizo una seña a Márquez, un leve movimiento de cabeza como diciéndole te mandaste una cagada, andá ayudálo. Pero Márquez se hizo el sota, como siempre. Un pelotudo, un provocador, típico petiso de mierda. Por eso nadie lo traga.

Pero aunque Márquez se hizo el burro, todos vieron la seña de la Marga, que es de esas minas que no saben hablar si no es moviendo las manos y haciendo gestos y muecas de la jeta, y aunque Batista quiso seguir con algo de For Ever y los tablones podridos de la tribuna y el desastre que iba a ser el día que se viniera abajo con una ponchada de negros, todos vieron la seña de la Marga (digo yo) y todos miraron a Ovejero que la verdad partía el alma.

Se hizo un silencio porque tampoco era cuestión que Batista se quedara hablando solo y hasta Batista se dio cuenta de que era al pedo y se calló la boca. Era un silencio incómodo, pesado como tormenta de enero. Todos miraron para afuera, esquivando mirarse unos a otros, y vieron los paraísos de la vereda, el lapacho florecido del patio, el Sierra del doctor McDonald que pasó como una mariposa, leve, por el pedazo de ventana que daba a la Obligado.

Al silencio lo rompió la Marga, como siempre, porque siempre es la única que sabe qué hacer cuando ninguno sabe.

—A ver ustedes dos —les dijo a Batista y a Linares—, levántelo y se lo llevan y lo lavan un poco. Y vos (a Batista) dejate de joder con el fulbo por un rato, hacé un esfuerzo.

Ipso pucho le dijo a Márquez:

—Y vos esta noche le pedís disculpas por la piña.

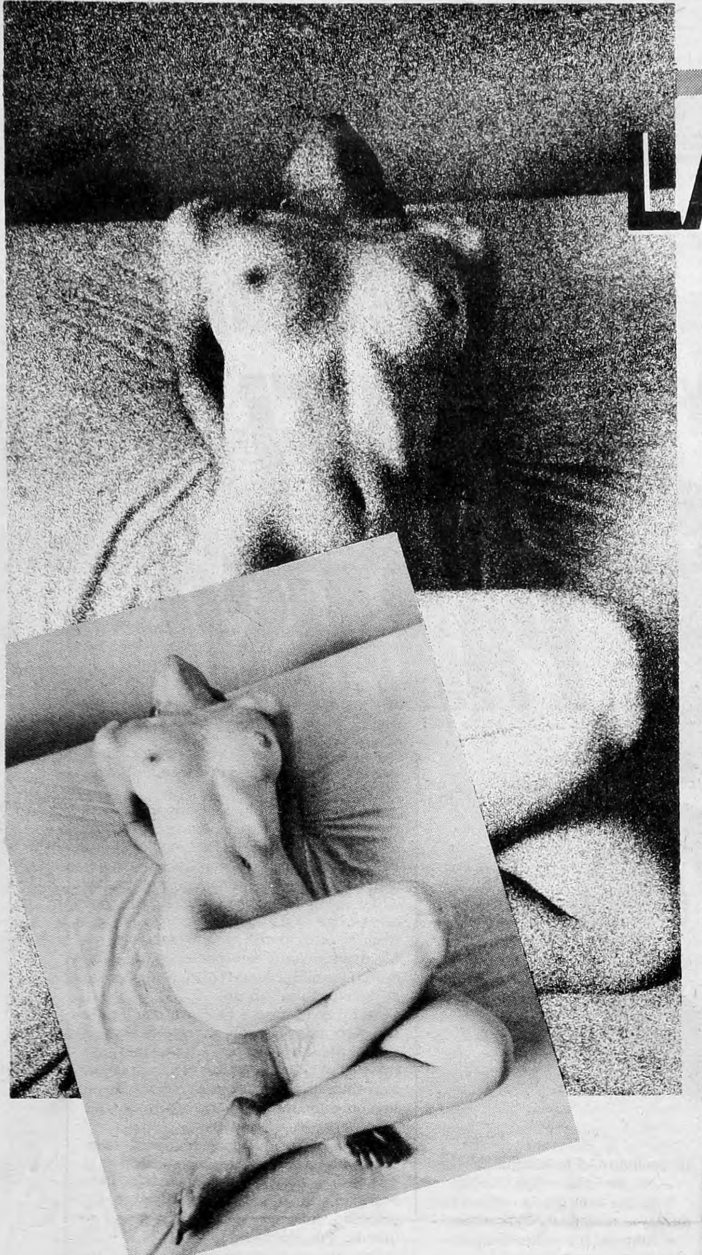
Los demás se quedaron sentados, mirando unos gorriones que justo en ese momento parecía que se echaban un polvo en una rama del paraíso.

—Y vos, Hermida, esta tarde cerrás el boliche por duelo —le dijo después a su marido, el gallego, que como siempre se hacía el boludo y limpiaba unos vasos, tras el mostrador.

El gallego asintió con la cabeza.

—Y los quiero a todos a las cuatro en el velorio —terminó la Marga—. Limpios y sobrios.

Graz, octubre de 1990.



LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

19. Enfrentamiento con la ley

El cliente siempre tiene razón, dice una sana norma comercial.

El cliente no tendría más de dieciocho años. Miró largo rato a la empleada como sin atreverse a acercársele, lo cual, en ese lugar, le resultó a ella un poco cómico, o un poco tierno. Finalmente se acercó. Pasaron. El bajaba la vista, se demoraba en desnudarse. ¿Sería la primera vez? Sí, dijo él, no, dijo él, otra vez lo intentó pero no pudo, pensó ella; él la acarició como pidiendo permiso, y ella aceptó la caricia; lo que empezó por desamparo seguía por deseo, y esta vez, sí, él estaba a punto de poder. Pero, cuidarse, no quiso: no voy a sentir nada. Sí, vas a ver que sí, le explicaba ella. No. Los ojos del adolescente se endurecían, él había cambiado. Por fin la empleada le dice que, si no, no. El cliente levanta la voz, él no está obligado, pagó, tiene derecho. Y vuelve a vestirse: Ya vas a ver, dice. Ella sale tras él y lo ve hablando con el señor que dirige el establecimiento comercial, al cual entonces corresponde llamar gerente.

El cliente se está yendo, y ella vislumbra algo, casi un guiño, entre él y el señor gerente. La empleada es convocada a la gerencia. Como todas las gerencias ésta es un cuartucho hediondo. El gerente está con un tipo alto y grueso que varias veces le propuso a ella ser, digamos, su encargado, pero ella siempre se negó. El señor gerente expone la gravedad de la situación: la empleada nunca cumplió como corresponde pero el colmo es lo que acaba de suceder: el cliente se quejó, hubo que devolverle el dinero. La empleada resulta deudora de la empresa en una suma que cubra los diversos perjuicios; afortunadamente el señor Grueso aquí presente está dispuesto a abonar ese importe, en realidad ya lo ha hecho, así que de ahora en más la empleada trabajará bajo las órdenes y protección de su encargado, el señor Grueso.

El encargado la mira con avidez de inversor. Ella no dice nada, se pregunta para qué tanto teatro, pero su cabeza se ha movido en negativa y el hombre grueso levanta una mano enorme hacia ella, y entonces Viviana dice el nombre del Hombre del Anillo.

La mano del Grueso se detiene en el aire. Ella vuelve a invocar el nombre. La mano del encargado cae, sin embargo vuelve a alzarse con furor de propietario, pero el gerente lo detiene. El no quiere problemas.

¡Mentira! Mentiras de esta pendeja de mierda, dice el Grueso. El no va a dejarla ir. El gerente, sensato, decide que la chica se quede hasta verificar la información. Salen, la dejan encerrada; está muy pálida. No ha pasado una hora cuando vuelven los dos. El gerente sin mirar a Viviana abre un cajón, ordena unos papeles, trabaja. El Grueso da vueltas, se seca las manos en el pantalón. Es mentira, insiste. No es de él, ya vas a ver que no es de él, le dice el gerente impasible. El hombre grueso da vueltas hasta que, al abrirse de pronto la puerta, queda cara a cara con la figura alta y oscura del Hombre del Anillo. El Grueso retrocede como si el otro lo hubiera empujado. El hombre alto y oscuro mira a Viviana para asegurarse de que está bien, y queda en silencio. Y el Grueso se da por vencido de antemano, yo no sabía, no sabía que era tuya, el oscuro calla, el grueso le ofrece su sonrisa transpirada, yo no podía saber, entendeme, hubo una confusión, el hombre alto mira el vacío. De pronto el gerente, sin levantar la vista de sus papeles, la habla al del Anillo:

—Te la vas a llevar pero no es tuya, Luis. Y éstas son cuestiones de negocios. Hay una ley.

El hombre alto y oscuro lo mira con una especie de alegría. Y entonces el Grueso intenta huir, pero su cuerpo grueso se entorpece en la puerta y el Hombre del Anillo, sin alterarse, lo detiene tomándolo por el cuello con la mano izquierda. Por un instante todo queda inmóvil; el hombre oscuro tiene en vilo sin esfuerzo el cuerpo grueso. Después la mano derecha, la que tiene el anillo, vuela a la cara del Grueso, y Viviana escucha el sonido simple de una mandíbula al quebrarse.

Dos días después el Hombre del Anillo murió en un enfrentamiento con la ley. Viviana no volvió al prostíbulo.

(Continuará)

JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ANCONA	COCHINCHINA	JAPONES
ANDALUZA	CORNISH	LANGSHAN
AUSTRALORP	DORKING	LEGHORN
BANTAM	GALLINA	ROJA
BARREADA	GALLIPOLLO	
BRAHMA	GALLO	

A	Y	O	A	G	N	I	K	R	O	D	G
N	M	O	A	A	N	D	A	L	U	Z	A
I	L	A	A	C	O	R	N	I	S	H	L
H	A	U	Q	N	U	A	E	L	Q	U	L
C	N	S	E	R	B	N	A	J	O	R	I
N	G	T	B	O	A	I	A	D	O	S	P
I	S	R	R	H	R	L	N	E	L	E	O
H	H	A	A	G	R	L	C	S	L	N	L
C	A	L	H	E	E	A	O	E	A	O	L
O	N	O	M	L	A	G	N	A	G	P	O
C	L	R	A	O	D	B	A	N	T	A	M
I	M	P	P	O	A	S	I	B	L	J	E

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1	■	■				■				■	■
2	■										■
3					■		■				
4				■				■			
5			■						■		
6	■					■					■
7			■						■		
8				■				■			
9					■		■				
10	■										■
11	■	■				■				■	■

AYUDAS: ENA, LIRI, PERIM

Horizontales

1. Preposición inseparable: de la parte de acá./ En poética, valle.
2. Mezcla de diversas sustancias inconexas .
3. Sustancia espiritual e inmortal./ Instrumento musical .
4. Calle./ Apócope de tono./ Vocal en plural .
5. Antiguo nombre de la nota do./ Isla del Mar Rojo./ Voz de arrullo .
6. Se dirigirán./ ("La ... desnuda") Célebre pintura de Goya.
7. Prefijo privativo./ Ignorante, tonto./ Forma de pronombre personal.
8. Serpiente no venenosa de gran tamaño./ Inculpada./ Objetivo, propósito.
9. Enfermedad crónica pulmonar./ Río de Yugoslavia.
10. Impedimento, estorbo.
11. Organización de los Estados Americanos./ Tablas de la huerta.

Verticales

1. Archipiélago malayo./ Tejido grosero de lana que se usa para mantas y otras prendas de abrigo.
2. Pegajoso, que se pega.
3. Lecho./ Traje sin chaleco.
4. Piojo de las gallináceas./ Alimento primordial./ Cociné a las brasas.
5. Apócope de suyo./ Poseer./ Tantalio.
6. Más malo./ Toma la comida de la noche.
7. Dirígete a determinado sitio./ Insignificante, poco importante (fem.)./ Consonante.
8. Labra la tierra con el arado./ (...Tse Tung) Político chino./ Punto cardinal.
9. Río de Italia./ Miembro viril.
10. Operación policial.
11. Expuso al fuego./ Antílope negro, sasín.

SOLUCIONES

2940

■	■	C	I	S	■	V	A	L	■	■
■	G	A	T	U	P	E	R	I	O	■
A	L	M	A	■	E	■	A	R	P	A
R	U	A	■	T	O	N	■	I	E	S
U	T	■	P	E	R	I	M	■	R	O
■	I	R	A	N	■	M	A	J	A	■
A	N	■	N	E	C	I	O	■	T	E
B	O	A	■	R	E	A	■	F	I	N
A	S	M	A	■	N	■	S	A	V	A
■	O	B	S	T	A	C	U	L	O	■
■	■	O	E	A	■	E	R	O	■	■

"Yo amo a aquel que desea lo imposible."

Goethe